Editorial "EL GATO NEGRO"
MORA DE EBRO, 141
BARCELONA - (Vallcarca)
DIRECTOR GERENTE:
JUAN BRUGUERA

LECTURA POPULAR PERIÓDICA
PUBLICACIÓN QUINCENAL DE OBRAS ECONÓMICAS
DE MUCHOS AUTORES

MEMORIAS DE UNA PERDIDA



10 cents

MEMORIAS DE UNA PERDIDA

(HISTORIA DE SEIS BESOS)

I

EL MAS INOCENTE

La escena pasa en un pueblecillo de Aragón.

Jacoba (más tarde Felisa), una deliciosa campesina, se halla ocupada en las labores del campo.

Pasa Francisco, robusto y taimado labrador.

—Buenos días, Jacoba,—dice al ver a la hermosa muchacha.

—Buenos días, Francisco.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves: estoy espigando.

—Sí, sí; ya lo veo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Pues... ¡por nada!

—¡Por algo será!

—Por mucho, si a tí te diera la gana.

—Hombre, según lo que sea...

—¿Me dejas que te lo diga, Jacoba?

—¡Vamos, acaba de una vez!

—Pues bien, déjame que te dé un beso.

—¡No!

—¡Cómo que no!

—Ya lo sabes.

—Es que tengo muchas ganas de besarte, ¡ea!

—Pues mira, quédate con las ganas.

—Es que...

—No hay más esques ni osques...

—Mira, ven a cenar esta noche a la granja; el amo está en Zaragoza, y estaremos tan ricamente.

—Yo no puedo cenar en compañía solamente de un soltero como tú.

—¡Es que no estaremos solos!

—¿No? ¿Me lo prometes?

—Estarán Juana la gorda y Faustina la tuerta.

—¿Sí?

—Tendremos tocino fresco, buen queso y excelente Cariñena.

—¡No me tientes, Francisco!

—¡Eso es decirme que aceptas!

—Yo...

—Cenaremos en la cuadra, para que los vecinos no vean que nos divertimos en ausencia de los amos.

Pasan algunas horas.

—Hola—exclama Jacoba, entrando en la cuadra, en compañía de Francisco;—ya veo el tocino, el queso y el Cariñena, pero no veo a Juana ni a Faustina.

—Están enfermas.

—Ah! Francisco, esto es un lazo... demasiado lo comprendo.

—¡Eh! Déjate de cuentos...

—Sí, sí, ¡buenos cuentos son!

—Sentémonos aquí sobre este montón de paja, y cenemos alegremente...

—Cenemos.

. . . . . .

. . . . . .

Comienza a amanecer.

—Ya es de día, Jacoba. Separémonos.

—Adiós, Francisco—exclama la joven, colorada como una cereza,—pero... ¡qué mal hemos hecho!

—Quieres callar, ¡tonta!

—¡Callo, y me resigno!

II

EL BESO QUE SIGUE

El vizconde Arturo de la Oliva se halla de caza en el pueblo donde tiene sus posesiones, que es el mismo de Jacoba.

Y casualmente la encuentra, conduciendo sus vacas, en un camino extraviado.

—Buenos días, señor vizconde.

—Hola, encantadora Jacobita.

—Muchas gracias, señor vizconde, por el piropo.

—No me las des. Te digo que eres verdaderamente preciosa; de fijo que

tu espejo te lo dice a todas horas, y los gallos del pueblo te lo cantarán a cada momento...

—Tanto favor...

—¿Por qué no llevas nunca a pacer tus vacas, en el prado que hay junto a mi casa?

—No tengo derecho para llevarlas a ese sitio.

—¿No lo tienes?

—Nunca lo he tenido, señor vizconde.

—Pues yo te lo doy desde ahora.

—¡Qué bueno es V., señorito!

—Esta misma tarde puedes ir allá.

—Enhorabuena.

—Y a propósito te haré probar un pedazo de la liebre que maté ayer.

—Pero, ¿no está V. solo en casa?

—Mi familia la abandonó ayer para volver a Zaragoza.

—De modo...

—De modo que únicamente el tío Juan, un antiguo militar, es el guardián del edificio.

—¿Y si él dijera por el pueblo que me había visto entrar en la casa con V.?

—El tío Juan es un pozo de discreción.

—¿Está V. seguro?

—¡Vaya!

—Entonces...

—Conque hasta la noche, preciosa Jacoba, ¿no es verdad?

—No le prometo a V. con seguridad...

—¿Ya eres coqueta? ¡Tú irás muy lejos, niña!

—Oh, con tal que pudiera ir hasta Zaragoza.

—Ya hablaremos de eso esta noche, comiendo liebre y bebiendo champagne.

—¿Habrá champagne?

—¡Como en las fondas!

—¿Qué són las fondas?

—No tardarás en saberlo.

—¿Es V. adivino?

—He estudiado mucho la magia blanca... con las mujeres.

Es por la noche.

—¡Qué miedo me dan esos cuadros! —dice Jacoba entrando en un gabinete de la casa del vizconde.

—No temas. Cenaremos en este gabinetito. Mira, aquí.

—¡Qué mesa tan bien servida!

—¿Verdad?

—¡Y qué bien se está aquí!

—¡Te fastidiarías pronto!

—¿De qué? ¿De vivir aquí?

—Sí.

—¡Cá! ¡No lo crea V.!

—Ea, come con apetito, y sobre todo, bebe en abundancia!

—¡Ay! ¡Cómo pica el champagne!

—Es preciso que te acostumbres a ese vino, sobre todo si quieres hacer carrera.

—Pero... no sé... me parece que si bebiera mucho champagne, no solamente no podría hacer carrera, sino que me sería imposible dar un solo paso.

—Es que para la carrera que te digo, cuanto peores sean los pasos que des, adelantarás mucho más camino.

—¡Qué descarada me juzgará V. por haber aceptado su invitación!

—No lo creas.

—¿No?

—Yo tengo una idea.

—¿Sobre qué?

—Creo que los nobles deberían beber a menudo en compañía de sus vasallos y sobretodo de sus vasallas, para establecer de este modo buenas y mutuas relaciones.

—No acerque V. tanto su silla.

—¿Eh?

—¡Se está V. poniendo muy cerca de mi!

—¡Déjame estar!

—Más...

—Sí, encantadora niña, sí; soy demócrata, y creo que la nobleza se preocupa muy poco de las necesidades del pueblo.

—¡Haga usted el favor de estarse quieto!

—Pero mujer...

—Que no me coja V. por el talle...

—Dame un beso...

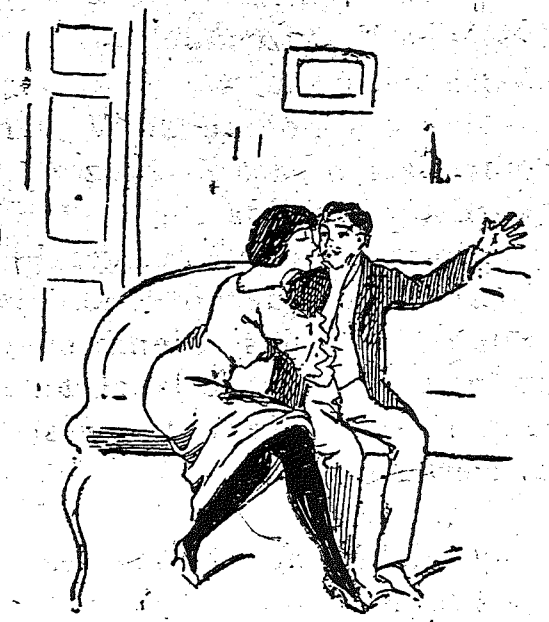
—¡No, no!

—Bien, ya te he robado dos...

—No quiero... no quiero...

. . . . . .

. . . . . .



—Que no me coja usted por el talle...

—Todo eso es muy bueno, pero...

—Pero... ¿qué?

—Pero es preciso que piense en mi porvenir.

—Yo te lo aseguro.

—¿Cómo?

—¡Dame un beso antes!

—¡Toma cinco!

—Pues bien...

—Vas a darme papel del Estado.

—Ni por pienso, pero sí una carta de recomendación.

—¿Para quién?

—Para Arderius. Vete a Madrid, procura entrar en el coro de los Bufos, y tu suerte está hecha.

—¡El teatro!

—¡Sí!

—¡Pues si es mi sueño!

—Pues no hay más que hablar.

. . . . . .

. . . . . .

Después de una noche borrascosa, parte Felisa para Madrid, y una vez allí se presenta a Arderius que la ajusta por poco precio, pero en condiciones ventajosas.

IV

SIGUEN LOS BESOS Y LAS CENAS

La noche de su debut como «Suripanta», recibe Felisa este lacónico billetito:

«La corista Felisa N. es esperada esta noche a las doce en punto en el café de Fornos. Pregunte por el mozo Manuel.»

Felisa acude puntualmente.

Un opulento norte-americano la espera.

Desde el café van a la fonda, donde cenan opíparamente.

Allá a las tres de la mañana, el diálogo se halla a esta altura:

—¡Mil y mil besos más!

—¡Un millón para tí!

—¡Oh, qué hermosa!

—(¡Oh, qué tonto!)

. . . . . .

Al otro día, Felisa ocupa un elegantísimo entresuelo en la calle de Alcalá,

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—Y no he comido nada en todo el día.

—El médico lo ha prohibido...

—Pues me parece que tengo gana.

—¡Nada puedo darle a V.!

Felisa ve junto al lecho de su compañera un mendrugo de pan, seco, olvidado hace días en aquel sitio.

Lo coge apresuradamente y comienza a devorarlo.

¡Tristísima cena!

No bien ha consumido el primer bocado, acométela un fuerte acceso de tos.

Escupe sangre en abundancia.

Abre mucho los ojos.

Lanza un grito ahogado...

Y cae exánime sobre el lecho.

La hermana la examina, le da un beso en la frente, y exclama:

—¡Está muerta!

¡Tristísimo beso!

Cubre el cadáver con la sábana y se dirige a otro lecho, tal vez para repetir la misma operación con otra enferma.